



Extractivismo,  
Pachamamismo  
y Socialismo  
Comunitario

# Contenido

1. Sobre el capitalismo, la dependencia y el extractivismo.....	5
2. Extractivismo y gobiernos progresistas.....	9
3. Sobre el extractivismo y su uso político.....	11
4. Sobre el pachamamismo y el extractivismo.....	13
5. Los gobiernos progresistas y el extractivismo.....	17
6. ¿Es posible construir el “vivir bien” en un solo país?.....	19
7. Extractivismo para dejar de ser extractivistas.....	21
8. ¿Existen alternativas al “desarrollo” capitalista?.....	23
9. La experiencia de bolivia en el proceso de cambio.....	27
10. El poder despótico patrimonial y la amazonía.....	31
11. Subsunción capitalista de la economía indígena amazónica.....	33
12. El desmontamiento del poder patronal empresarial.....	35
13. Para finalizar: las falacias colonialistas.....	39

# Presentación

La Dirección General de Fortalecimiento Ciudadano de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia tiene como objetivo principal ofrecer instrumentos para fortalecer el análisis y la deliberación. Juntos ir tejiendo nuestra historia a través de la reflexión permanente y construir un país digno, libre y soberano.

En esta oportunidad queremos poner a disposición de la población la cartilla “Extractivismo, pachamamismo y socialismo comunitario”, consideramos que conocer este tema es importante para comprender los caminos que se están tomando respecto a industrialización de nuestros recursos naturales.

En la cartilla haremos un recorrido didáctico desde el capitalismo que nos explica que existe una dimensión natural en toda actividad social productiva y una dimensión social en toda actividad

natural creativa, en cada una de estas relaciones que son parte del modo de producción, los seres humanos se vinculan entre sí con la naturaleza a través de medios materiales que no son más que naturaleza modificada por el trabajo social. Pero a la vez para el capitalismo la naturaleza es un reservorio de la ganancia y esa lógica es la que devora todo, sociedades, personas, naturaleza, el capitalismo se presenta como una fuerza destructiva, primero del ser humano y luego de la naturaleza.

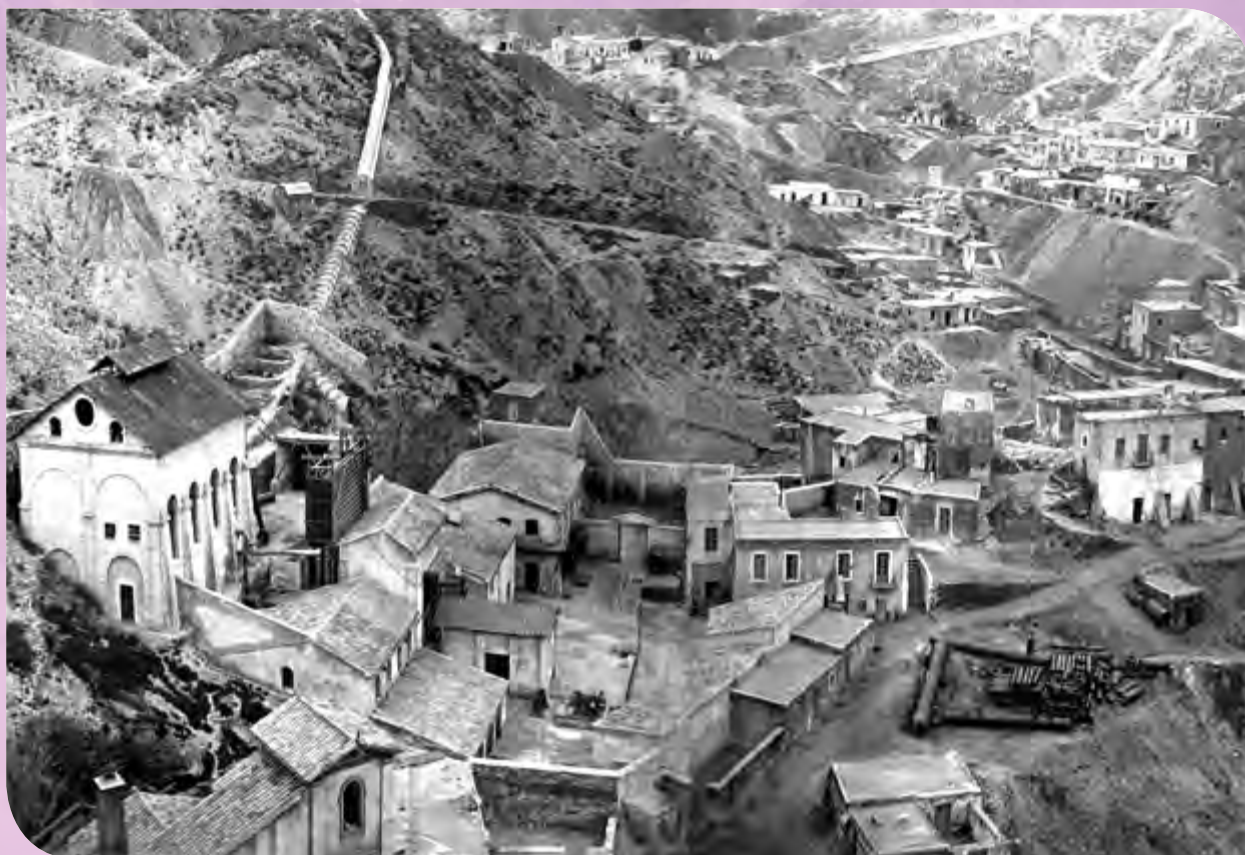
Entonces viene la pregunta ¿extractivismo o no extractivismo para superar el capitalismo?

Ni el extractivismo ni el no-extractivismo son la solución a la dominación planetaria, en esta cartilla haremos el intento de reflexionar sobre cual deberá ser el camino a seguir en este proceso que vivimos hace ya 12 años. ¿Será que superan-

do el extractivismo superamos el capitalismo? Pero cómo iniciamos ese proceso, sabiendo que venimos de una historia larga de explotación de los recursos naturales pero para beneficio de unos cuantos. Lo que si tenemos claro es que debemos satisfacer las necesidades más urgentes de la población, democratizar el control de la riqueza y comunitarizar la propiedad y la propia producción social.

A través de esta cartilla iremos reflexionando sobre el papel del Estado respecto a la naturaleza y

las diferentes miradas respecto al extractivismo, esto nos permitirá tener los argumentos necesarios para comprender que nuestros países transcurren históricamente de manera dependiente colonial a partir de los RRNN y que salir de ese circuito significará romper con el Capitalismo, mientras, desde los gobiernos progresistas buscamos satisfacer lo fundamental para el pueblo con el extractivismo que nos permite lograr recursos fundamentales, mientras preparamos el camino para dejar de ser extractivistas y seamos soberanos y socialistas.



# 1

## Sobre el capitalismo, la dependencia y el extractivismo

Un modo de producción es una trama de relaciones sociales que involucra formas específicas de relacionamiento material entre medios de trabajo (herramientas), objeto de trabajo (materia prima), fuerza de trabajo (el trabajador), producto del trabajo (resultado), propiedad sobre cada una de esos componentes, relaciones de control o dependencia entre ellos, organización técnica de los procedimientos laborales, uso social del producto del trabajo, etc. En cada una de estas relaciones, que son parte del modo de producción social, los seres humanos se vinculan entre sí y con la naturaleza, a través de medios materiales que no son más que naturaleza modificada por el trabajo social.

Esto significa que existe una dimensión natural en toda actividad social productiva, y existe

una dimensión social en toda actividad natural creativa; o si se prefiere, lo social es un componente del metabolismo natural. En cualquier caso, la actividad humana es posible únicamente mediante la transformación de la naturaleza, ya sea en la forma de una choza o una ciudad, un sembradío o unos andenes, una represa o una turbina, un hacha o una volqueta; todo, absolutamente todo desde que existe vida en el planeta.

El capitalismo, en cambio, trastoca las coordenadas de referencia del medio ambiente para con la sociedad. La naturaleza es aquí reservorio de vehículos materiales del valor de cambio, de la ganancia. Y entonces destruir, cuidar, depredar, conservar, son sólo componentes colaterales, intercambiables dentro de una única finalidad social: la ganancia, la valoriza-

ción interrumpida e infinita del capital. Y es esa lógica el objetivo fundante que lo devora todo: sociedades, personas y naturaleza; por ello, al final el capitalismo se presenta como una fuerza destructiva, primero de la naturaleza humana, y después de la naturaleza en general.

Un componente de los modos de producción es la forma técnica de la relación del ser humano con la naturaleza. Esto involucra en primer lugar a las herramientas, las máquinas-herramienta que median el trabajo con la materia prima, y también la complejidad de la transformación de esa materia prima, de la naturaleza dada o previamente ya transformada.

Todas las sociedades y modos de producción tienen a su manera estos distintos niveles de procesamiento de las “materias primas”. Si conceptualizamos al “*extractivismo*” como la actividad que sólo extrae materias primas (renovables o no renovables), sin introducir mayor transformación en la actividad laboral, entonces todas las sociedades del mundo, capitalistas y no capitalistas, son también en mayor o menor medida extractivistas. En ciertos casos, algunas sociedades han pasado rápidamente a la producción de ideas y de símbolos como su principal actividad productiva. Esto implica una apropiación de las fuerzas productivas intelectuales para los procesos de valorización capitalista (ganancia).

Las matemáticas, la astronomía, la ingeniería de riego o la propia ritualidad religiosa que desarrollaron la civilización andino-amazónica o maya, etc., son factorías sociales de ideas que

trabajaron sobre ideas y símbolos. Otras sociedades, de ser productoras de materias primas para el mercado mundial (economías primario exportadoras, “extractivistas”), a medida que los países del primer grupo han desplazado su producción industrial a la periferia, han pasado a actividades complementarias a su extractivismo: al procesamiento industrial selectivo, convirtiéndose en los talleres del mundo.

Pero también hay sociedades, como la mayor parte de las latinoamericanas y africanas, que se mantienen en el ámbito primario-exportador, fundamentalmente extractivista, o extractivista y agrícola. El sistema-mundo capitalista es dinámico y continuamente reconfigura conflictivamente la distribución geográfica de los distintos procesos productivos en función de las tasas de ganancia, acceso a mercados, disponibilidad de fuerza de trabajo y de recursos naturales.

Entonces, el debate central para la transformación revolucionaria de la sociedad no es si somos o no extractivistas, sino en qué medida vamos superando el capitalismo como modo de producción, ya sea en su variante extractivista o no extractivista.

Más bien lo que hicieron fue tomar como punto de partida su ubicación en la división del trabajo y sus fuerzas productivas alcanzadas, para desde ahí, comenzar a revolucionar las estructuras económicas internas mediante un largo proceso de socialización de las condiciones de producción, e impulsar un mayor y largo proceso de revolución de las relaciones económicas internacionales. Por tanto, las lu-

chas y los esfuerzos por la socialización de la producción en un solo país, son sólo eso: esfuerzos, batallas y escaramuzas dispersas que llevan una intencionalidad histórica, pero que únicamente podrán triunfar si se expanden como luchas a escala mundial.

El socialismo es un campo de batalla entre el capitalismo en crisis, y las tendencias, las potencialidades y los esfuerzos por comunitarizar la producción; en otras palabras, es el periodo histórico de lucha entre el modo de producción capitalista dominante establecido, y otro potencialmente nuevo. El único modo de producción que supera el capitalismo es el comunismo, la comunitarización de la producción de la vida material de la sociedad. Ninguna revolución contemporánea ha podido romper la división mundial del trabajo, ni lo podrá hacer hasta que no haya una masa social políticamente en movimiento, lo suficientemente extendida territorialmente (global) y técnicamente sostenible, que modifique la correlación de las fuerzas geopolíticas del mundo. Por eso antes que jalarse los pelos por la actual vigencia de la “división del trabajo capitalista”, lo más importante es erosionar esa división del trabajo mediante la expansión territorial de los procesos revolucionarios y progresistas del mundo.

Así como el extractivismo de nuestras sociedades está en medio de las redes de la división internacional del trabajo; la industrialización de materias primas o la economía del conocimiento son partícipes de la misma división mundial capitalista del trabajo. Ni el extractivismo ni el no-extractivismo son soluciones a

esta dominación planetaria. Y de hecho, es posible pensar que en la construcción futura de un modo de producción comunitarista, donde la totalidad de la riqueza común, material e inmaterial, sea producida y administrada por los propios productores, existirán algunos países y regiones extractivistas. Son sistemas técnicos de procesamiento de la naturaleza mediante el trabajo, y pueden estar presentes en sociedades pre-capitalistas, capitalistas o sociedades comunitaristas.

El extractivismo no es un destino, pero puede ser el punto de partida para su superación. Ciertamente en él se condensa toda la distribución territorial de la división del trabajo mundial, distribución muchas veces colonial. Esta es precisamente la trampa de los críticos irreflexivos a favor del no extractivismo, que en su liturgia política mutilan a las fuerzas y a los gobiernos revolucionarios de los medios materiales para satisfacer las necesidades de la población, generar riqueza y distribuirla con justicia; y a partir de ello crear una nueva base material no extractivista que preserve y amplíe los beneficios de la población laboriosa.

Superando el extractivismo no vamos a superar el capitalismo. Ojalá las cosas fueran tan fáciles. Y de ser así —como infantilmente creen algunos de nuestros críticos— ¡Estados Unidos sería el primer país comunista del mundo! Pero ojo, eso no significa que la superación del extractivismo no pueda ayudar a los procesos revolucionarios en proceso. Puede ayudarlos, en primer lugar, porque las fases de industrialización o producción de conocimiento permi-

ten crear un mayor excedente económico susceptible de ser redistribuido para satisfacer las necesidades de la sociedad; en segundo lugar, porque puede permitir aminorar los impactos nocivos sobre el medio ambiente; y en tercer lugar, porque habilita a la sociedad a una mayor capacidad técnico-productiva para el control de los procesos globales de producción.

Eso no se logra paralizando el aparato productivo, contrayendo el excedente que viene de las materias primas y regresando a una economía de auto subsistencia, que no sólo nos colocará en un nivel de mayor indefensión que el de antes, llevándonos a la abdicación total de cualquier atisbo de soberanía (cuya base material radica en que el país pueda vivir y comer de su

trabajo); sino que además le abrirá las puertas a la restauración patronal-neoliberal que se presentará como la que sí puede satisfacer las demandas materiales básicas de la sociedad.

Ante ello, y como forma de profundización de la movilización social, y de superación gradual del extractivismo, consideramos que en primer lugar se tienen que satisfacer las necesidades urgentes de la población, elevar los beneficios sociales imprescindibles de las clases laboriosas y, a partir de ello, crear las condiciones culturales, educativas y materiales para democratizar aún más allá del Estado el control de la riqueza común, y comunitarizar (también más allá del Estado) la propiedad y la propia producción social.





## Extractivismo y gobiernos progresistas

El saqueo de la madre tierra fue legitimado por las políticas neoliberales de estabilización y ajuste estructural, con el argumento de que constituían un aporte decisivo para “insertar” a las economías latinoamericanas en los mercados mundiales. En línea con este modelo de “crecimiento impulsado por las exportaciones” los gobiernos de la región (la mayoría con entusiasmo, algunos pocos con resignación) aceleraron la mercantilización de los bienes naturales y se introdujeron en una desaforada competencia internacional, en la que los países pobres fueron empujados a una demencial y suicida “carrera hacia abajo” en virtud de la cual abandonaron cualquier pretensión de establecer mecanismos de control y protección del medio ambiente y de sus poblaciones, dejando también de lado la posibilidad de aplicar un régimen tributario que permitie-

ra, al menos en parte, reparar los pasivos ecológicos generados por esas políticas, para no hablar de una política de ingresos que defendiera el salario de los trabajadores. De lo que se trataba era de atraer al inversionista extranjero –casi invariablemente de una gigantesca transnacional– traduciendo los costos laborales y ambientales a un mínimo absoluto.

Son los países del sur que no logran – ¡ni jamás logran!– acceder a la riqueza o los niveles de consumo del norte, los obligados a cargar con los costes ambientales inherentes a ese modelo civilizatorio. Y esto por partida doble. Por un lado, aceptando metodologías de explotación de los bienes naturales que están prohibidas en el mundo desarrollado: por ejemplo la minería del oro, la separación de ese metal utilizando cianuro, cosa que se practica con total impunidad en

América Latina; por el otro, convirtiéndose en receptores de desechos tóxicos y radioactivos (o cuando menos insalubres) de todo tipo.

La intensificación de la explotación de los bienes de la naturaleza es una de las facetas de la depredación medioambiental. La otra, que va de la mano con ella y es su compañera inseparable, es la fenomenal producción de desechos y desperdicios que a ritmo creciente se origina principalmente en el corazón del capitalismo Estados Unidos.

Con mucha elocuencia el impacto predatorio que ha tenido la globalización capitalista, con la apertura incondicional de los países de la periferia a la voracidad de las grandes transnacionales, impulsadas por las perspectivas de obtener enormes ganancias en los negocios que hacen en nuestros países. Ahora bien, esto ocurre debido a la persistencia –y a la extensión geográfica y la profundización– de un modelo de consumo basado en el despilfarro, y la irracional e irresponsable utilización de los bienes de la naturaleza.

Ahora bien: el grave problema que enfrenta la humanidad en el momento actual es el de la destrucción de los ecosistemas. Estos se formaron a lo largo de millones de años y son insustituibles: ni la ciencia ni la tecnología pueden reemplazarlos o repararlos. No se puede “inventar” el agua o el petróleo o los minerales. La destrucción de los ecosistemas es causada por la explotación desmesurada de los recursos que ellos ofrecen y que hacen posible la vida en este planeta.

Lo que origina la crisis actual no es la interacción “*hombre-naturaleza*”, sino la escala y la velocidad con la que se utilizan los bienes naturales y se produce la degradación medioambiental a partir de la lógica del capital de finales del siglo XX. El cambio climático, indicó, “*hará más escasos los recursos y el agua limpia y la tierra agrícola en buen estado será más escasa*”. Esto generará que la “emergencia por conflictos violentos sea más probable”.

Para terminar, se encuentran vigentes y actuales las célebres cuatro leyes de la ecología que Commoner explicitó en un libro publicado en 1971 en el cual sostiene que:

- 1) Hay una sola ecosfera en la cual habitan todos los seres vivos. Por lo tanto, lo que afecta a uno afecta a todos los demás.
- 2) No se hallan “residuos” en la naturaleza, ni un lugar que este “*afuera*” donde los desechos y desperdicios puedan ser arrojados sin alterar el funcionamiento de la exosfera.
- 3) Los avances tecnológicos para mejorar la naturaleza no hicieron otra cosa que perjudicarla.
- 4) No existe el “*almuerzo gratis*” en la naturaleza: cada beneficio que se obtiene de ella tiene un costo y, más importante aún, en la naturaleza las deudas siempre se pagan

## Sobre el extractivismo y su uso político

**E**l Pachamamismo extremo exigía de los países de izquierda el abandono de cualquier pretensión de explotar los recursos naturales, colocando a aquellos ante un cruel y difícil dilema: ¿Cómo conciliar la necesidad de responder a las renovadas demandas de la justicia distributiva —elevadas por poblaciones que han sufrido siglos de opresión y miseria— con la intangibilidad de la naturaleza? Se trata de una contradicción que antes no existía, tal vez debido al atraso de la conciencia ecológica de tiempos pasados.

El avance de una conciencia ecológica y socialista hace de tal postura un planteo insostenible, como lo prueban en carne propia gobiernos como los de Rafael Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia, Cristina Fernández en Ar-

gentina y, en otras cuestiones (sobre todo en energía hidroeléctrica), los sucesivos gobiernos del Brasil.

A los efectos de paliar el impacto de la crisis, los gobiernos progresistas fueron aguijoneados a redoblar el impulso exportador. Ya antes de la crisis nuestros países habían sido presionados, bajo el influjo del neoliberalismo y las condicionalidades del BM y el FMI, a adoptar un patrón de desarrollo cuyo dinamismo se fundaba en el desempeño exportador más que en el vigor de la demanda interna.

En algunos casos, esto desencadenó un desenfrenado extractivismo, causante de innumerables problemas de todo orden: sociales, económicos, ecológicos e inclusive políticos, al

deslegitimar gobiernos progresistas atrapados por el dilema crecimiento–distribución.

En estos casos, el extractivismo está caracterizado por una presencia mucho mayor del Estado nacional como promotor, regulador y financiador de estos emprendimientos. Esta intensificación del modelo extractivista tiene profundos impactos ambientales: agravamiento de la deforestación, deterioro de los ecosistemas, pérdidas en la biodiversidad, contaminación de suelos, aguas y aire, inundaciones, incendios forestales y cambio climático.

Según Gudynas, los estragos del extractivismo se explican por varias razones:

- a) la inexistencia o la debilidad de los controles fiscales en materia ambiental, potenciados por la flexibilidad exigida –o lograda mediante presiones extorsivas por las transnacionales– para invertir en nuestros países;
- b) la falacia de una “*contabilidad ecológica*” que, contrariando una de las leyes de Commoner, supone que en la relación con la naturaleza todo puede ser ganancia y que no existen costos;

- c) el hecho de que en la mayoría de los casos la explotación intensiva de los recursos naturales se realice en regiones apartadas, de difícil acceso y sobre las cuales la prensa difícilmente informa;
- d) los altos precios de las *commodities* ejercen una influencia incontrastable en gobiernos agobiados por la crisis económica internacional, endeudados y necesitados de recursos para solventar las políticas sociales requeridas para contrarrestar las consecuencias estructurales de largos años de políticas neoliberales, sobre los cuales se sobrepone la crisis actual.

No obstante, cualquier análisis sobre esta problemática no puede soslayar el hecho de que los ingresos por las exportaciones extractivistas han servido para financiar amplios programas de políticas sociales, tanto más necesarios en momentos como el actual. El caso de Bolivia es una excelente muestra, ya que aproximadamente la tercera parte de la población del país percibe algún tipo de transferencia de parte del gobierno nacional a través de programas como el Bono Juancito Pinto, Juana Azurduy o la Renta Dignidad para los ciudadanos de la tercera edad.

# 4

## Sobre el Pachamamismo y el extractivismo

**A**nte los desquicios provocados por el extractivismo ha surgido la reacción pachamamista. Evo Morales, uno de los presidentes más atacados por esta corriente, lo planteó con total claridad cuando preguntó: ¿Y de qué va a vivir Bolivia si no explota sus recursos naturales? ¿Cómo superaremos un retraso que viene de siglos si carecemos de los más elementales recursos para invertir en desarrollo social? De ahí que su propuesta haya sido nada menos que industrializar la naturaleza, cosa que por otra parte es una obligación estipulada en la Constitución Política del Estado.

En el caso del Ecuador, se propusieron estrategias creativas, como el que los países del primer mundo puedan pagar por la no explotación de recursos petrolíferos, y solventar al país con los recursos necesarios, propuesta que fracasó por falta de interés de esos países que precisamen-

te demandan el respeto a la ecología mundial. Es innecesario señalar el muy negativo impacto que esto tuvo en la situación interna del Ecuador, donde cierta dirigencia de los movimientos indígenas se montó sobre esta frustración para lanzar una andanada de críticas sobre el gobierno de Correa que continua hasta el día de hoy. La negociación que había despertado muchas expectativas, finalmente se frustró ante la previsible mezquindad y desinterés de los gobiernos capitalistas poco dispuestos a poner dinero detrás de sus falsas declaraciones de amor por la naturaleza.

En Bolivia y Ecuador se ha comprobado que ONG's y varias iglesias evangélicas penetran profundamente en algunas comunidades originarias y convencen a los nuevos adeptos de que deben dejar de lado las tradicionales prácticas sociales basadas en la reciprocidad y los lazos comunita-

rios y organizar su vida priorizando por encima de cualquier otra cosa sus intereses individuales. El argumento usado por esas organizaciones es que el atraso secular de los pueblos originarios habría sido causado por la persistencia de esas formas arcaicas y colectivistas de organización económica y social, y que la envidiable pujanza de países como Estados Unidos es hija del individualismo. No es necesario avanzar demasiado en esta línea para comprobar las derivaciones políticas de este proceso de recolonización cultural.

Parte de esta red de organizaciones está conformada por la Fundación Nacional para la Democracia (NED siglas en inglés) que es una organización establecida en 1983 por el congreso de Estados Unidos a solicitud del presidente Ronald Reagan. Agrupa en su seno a los representantes de los dos partidos principales de ese país, su talante y sus proyectos llevan el claro signo de que su reaccionario inspirador financia fuertemente a organizaciones sociales y políticas pronorteamericanas en casi un centenar de países, desembolsando más de mil donativos por año siendo uno de los vehículos predilectos del intervencionismo de Washington en la región y reemplazando algunas de las labores que antes hacía la CIA. Un párrafo de su sitio web nos exime de mayores comentarios: *“Impulsar reformas institucionales muy innovadoras para promover la efectividad y transparencia del gobierno en países como Brasil, Colombia, México y Perú corren en paralelo con reformas regresivas aprobadas para recortar los derechos civiles y políticos, extender las atribuciones del ejecutivo y promover la caprichosa intervención del Estado en los países que abrazan el así llamado Socialismo del siglo XXI”.*

En consecuencia, si antes el progresismo era industrialista, hoy es extractivista, primarizador y exportador. Nuestros países están exportando naturaleza, algo que se puede comprobar muy fácilmente calculando la proporción que suman las materias primas sin elaborar los alimentos y los hidrocarburos sobre el total de las exportaciones. Se torna evidente que la discusión acerca del pachamamismo como política radical de conservación de la naturaleza de su práctica intangibilidad, coloca a los gobiernos de izquierda y centroizquierda ante un callejón sin salida.

Lo mismo puede decirse en relación con el resurgimiento nostálgico de pretendidas ilusiones basadas en las potencialidades de una “economía familiar/campesina” para poner coto a las injusticias y depredaciones causadas por el auge del agronegocio en los países del área. Si bien la preservación de la agricultura familiar es un objetivo encomiable, lo cierto es que la presión que el crecimiento demográfico plantea a nuestros pises condena irremisiblemente al fracaso cualquier tentativa de retornar a tecnologías tradicionales.

Una Bolivia dispuesta a alimentar a 10 millones de habitantes no tiene otra alternativa que la de utilizar las más eficientes y productivas tecnologías agrícolas, que garanticen un alto rendimiento por hectárea y una producción que permita abastecer sin problemas a toda la población. Claro está que esas modernas fuerzas productivas operan sobre un paisaje agrario definido, ente otras cosas, por su gran extensión, lo cual requeriría un proceso de concentración de las pequeñas parcelas campesinas en unidades –tal vez bajo la forma de cooperativas– que alcancen una escala tal

que justifique el empleo de las maquinarias y las sofisticadas técnicas productivas de hoy en día.

Pero así como Lenin planteó en su tiempo que el socialismo era igual a “*soviets + electricidad*”, y procuró arrebatarse esa nueva fuente de energía del control de las empresas capitalistas, en el momento actual el socialismo también implica algún tipo de “*soviets*” unido a la apropiación de la más moderna tecnología que hoy reposa en manos de las transnacionales. Por eso, más allá de su fuerza moral, el pachamamismo no puede ser entendido como una solución viable a los problemas y desafíos que plantea el mundo actual.

De lo que se trata es de buscar un punto de equilibrio, siendo conscientes, asimismo, de que ningún gobierno y mucho menos de izquierda, puede hacer oídos sordos a la necesidad de promover el desarrollo de su economía, sin la cual no podrá haber escuelas, universidades, hospitales, jardines infantiles, programas sociales, carreteras, puentes y la infraestructura necesaria para que el “Vivir Bien” sea algo más que una consigna y se convierta en una realidad.

Estamos de acuerdo en la meta, pero para ello nos parece que es necesario hablar de –y hacer!– una revolución socialista. Dentro del capitalismo tal solución es inviable. La automoderación en el consumo y la adopción de un estilo de vida signado por la austeridad solo son posibles si se pone fin a la dominación del capital.

Pero ¿es razonable poner estos fines, este “no desarrollo”, en poblaciones en las cuáles toda-

vía el hambre hace estragos, la desnutrición es rampante, las enfermedades curables y prevenibles se cobran miles de víctimas cada día, el analfabetismo sume en la ignorancia y la superstición a millones de latinoamericanos que, además, viven en chozas construidas en sitios de extremo riesgo, como laderas de montañas que se derrumban o a la vera de ríos que, en sus crecidas, arrasan con todo?

La crítica al pachamamismo no debe ser interpretada como un aval al extractivismo. El primero es inviable y el segundo es una alternativa difícilmente soslayable en el corto plazo, aun para los gobiernos de izquierda; pero es imprescindible neutralizar sus desastrosos impactos para lo cual será preciso construir minuciosos mecanismos de fiscalización de las actividades ligadas al extractivismo, imponer normas rígidas y controles sobre las mismas y buscar aceleradamente la coordinación internacional al menos en el marco de América del Sur de este tipo de políticas frente a las transnacionales extractivistas, porque de lo contrario, estas utilizarán su enorme poderío para chantajear a algunos gobiernos y dar por su tierra cualquier tentativa de monitoreo y control de sus actividades. Además, habrá que diseñar una adecuada política tributaria que permita captar una parte significativa de las superganancias y/o la renta extraordinaria de la cual se apropian esas compañías. Como se ve, son todas medidas transitorias mientras nuestros pueblos construyen un nuevo orden económico, político y social claramente poscapitalista a partir de la premisa de que no hay solución para estos problemas dentro del capitalismo.



## Reflexionemos

1. ¿Acaso no es posible utilizar los recursos que brinda la actividad primaria exportadora controlada por el Estado para generar los excedentes que permitan satisfacer condiciones mínimas de vida de los bolivianos y garantizar una educación intercultural y científica que genere una masa crítica intelectual capaz de asumir y conducir los emergentes procesos de industrialización y de economía del conocimiento? ¿Acaso dejando de producir materias primas el socialismo tocará la puerta?
2. ¿Es razonable poner el fin del “no desarrollo”, en poblaciones en las cuáles todavía el hambre hace estragos, la desnutrición es rampante, las enfermedades curables y prevenibles se cobran miles de víctimas cada día, el analfabetismo sume en la ignorancia y la superstición a millones de latinoamericanos que, además, viven en chozas construidas en sitios de extremo riesgo, como ladras de montañas que se derrumban o a la vera de ríos que, en sus crecidas, arrasan con todo?



# 5

## Los gobiernos progresistas y el extractivismo

Uno de los aspectos fundamentales de este nuevo concepto es la postulación de una relación entre sociedad, individuo y medio ambiente completamente distinta y hasta podría decirse antagónica de la que se plasmó con el advenimiento de la modernidad. En la actual formulación constitucional de Ecuador y Bolivia, el medio ambiente se presenta como la Madre Tierra y en virtud del nuevo marco normativo, como un inédito y novísimo sujeto de derecho.

Propone en cambio, una cosmovisión que hunde sus raíces en las culturas de las etnias oprimidas del continente y muy especialmente de sus pueblos originarios, idea que fue emergiendo con fuerza en el último cuarto siglo.

Por el progresivo holocausto ecológico social y cultural desencadenado por el capitalismo en su etapa neoliberal, la más agresiva y predato-

ria de toda su historia, que conmovió la conciencia de nuestra época y puso seriamente en cuestión la cosmovisión que giraba en torno a la dupla conceptual de progreso y desarrollo.

El asunto adquiere especial relevancia dado que los gobiernos de Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia no solo son blancos de crítica implacable de la derecha vernácula y el imperialismo, sino también de sectores de izquierda que, con diferentes énfasis, los acusan de haber traicionado los principios del Vivir Bien. No sorprende constatar, por lo tanto, que una de las críticas más severas –y, agregaríamos injustas– enderezadas en contra de los actuales gobiernos de Bolivia y Ecuador, sea la que los acusan de estar incurriendo en el mismo patrón de relacionamiento sociedad–naturaleza que los convierte, de derecho, en prisioneros de la lógica predatoria e inhumana del capitalismo.



## ¿Es posible construir el “vivir bien” en un solo país?

**F**ue Lenin uno de los primeros en advertir el error de esa concepción al observar que en las condiciones imperantes en Rusia, el carácter arcaico de la formación social rusa se convertiría en una formidable muralla contra la cual se estrellarían los proyectos transformadores del socialismo. Por ello, Lenin preveía una muy larga batalla para doblegar esos grilletes del atraso, cosa que, por supuesto, no ocurriría en los países del occidente a la hora de construir el socialismo.

Al margen de la ecuación internacional que plantearon Marx y Engels desde sus primeros escritos ¿podrían países mucho más débiles como Bolivia y Ecuador tener éxito en su proyecto de refundación civilizatoria en un corto periodo de años y en un ambiente tan desfavo-

rable como el signado por la agresiva decadencia del poder imperial? Rene Ramírez Gallegos reconoce la gravedad del desafío cuando escribe que *“nosotros no podemos construir desde Ecuador, solos, esta sociedad de la que hablamos”*, es obvio que la respuesta a los interrogantes planteados más arriba no brotara de a teoría, sino de la praxis histórica de los pueblos.

Mientras el realismo reconoce el carácter dialéctico, siempre cambiante y el movimiento de la coyuntura, y el papel de la voluntad política para modificar la correlación de fuerzas en un momento dado, el *“posibilismo”* es la aceptación resignada de lo existente y un tributo a la propia incapacidad de responder creativamente ante los desafíos de la historia. El realista es

un general que sabe que si actúa correctamente puede vencer a fuerzas en principio superiores a las suyas; el “*posibilista*” es alguien que ya fue derrotado ideológicamente y que en consecuencia, da la batalla por perdida y solo trata de acomodarse a las desafortunadas circunstancias del presente. El realista tiene su mirada puesta en el presente y en el futuro; el “*posibilista*” está atrapado en el hoy y no tiene ni imaginación ni voluntad para pensar al futuro como algo distinto de la prolongación *sine die* del presente.

Ahora bien: Lo que habría que examinar, con mucho cuidado, es hasta qué punto la defensa irrestricta e intransigente de la Madre Tierra es consistente, sin una crítica igualmente radical e intransigente al capitalismo como modo de producción y por ende como civilización.

La absoluta imposibilidad de defender los derechos de la Madre Tierra sin que al mismo tiempo se elabore un argumento teórico y práctico acerca de la necesidad histórica de fundar una nueva sociabilidad inequívocamente pos capitalista, la consumación del proyecto socialista que implica la socialización del poder, de la riqueza y de la cultura y por ende, la desmercantilización de la sociedad y la naturaleza hará que sea posible salvar a la Madre Tierra.

E insistiendo sobre la difícil transición de un modelo basado en la exportación de materias primas a uno claramente apartado de la lógica capitalista, Gallegos señala que “*salir de tal modelo de la noche a la mañana es inviable, y es necesario por tanto trazar una hoja de ruta de mediano y largo alcance*”.



## Extractivismo para dejar de ser extractivistas

Según esta perspectiva, el extractivismo aparece como la reintroducción, adaptada a las nuevas circunstancias, de una vieja estrategia de desarrollo basada en la explotación intensiva de ciertos bienes comunes, principalmente en la minería y la agricultura.

El relanzamiento de la vieja división internacional del trabajo condujo a la creciente polarización entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado forzando a quienes forman parte de este último a maximizar sus esfuerzos en la producción y explotación de *commodities*, postergando para un futuro incierto los viejos proyectos industrializadores.

Para Ramiro Gallegos y Eduardo Gudynas, el auge del extractivismo y el impulso a una es-

trategia neodesarrollista son estimulados por la necesidad de facilitar el equilibrio, o el superávit, de la balanza comercial, dato fundamental para países altamente vulnerables y, cuando no, abiertamente dependientes de los avatares de la economía mundial.

Pero también contribuyen a ello:

- 1) los débiles, inefectivos o inexistentes controles ambientales;
- 2) la necesidad de atraer inversiones extranjeras relajando las regulaciones en materia laboral y medioambiental;
- 3) la manipulación de los gobiernos que publicitan los beneficios de esas políti-

cas pero nunca cuantifican los inmensos costos de la deforestación, la contaminación, la degradación de las tierras arables, entre otras calamidades.

Un elemento central de este nuevo extractivismo en que han caído los gobiernos progresistas de la región es la utilización de parte de las rentas generadas por las explotación de la naturaleza para financiar ambiciosos programas

sociales, como la bolsa familia de Brasil o los varios programas sociales auspiciados por los gobiernos mencionados.

¿Qué pretenden estos críticos? ¿Que los gobiernos de Bolivia y Ecuador esperen que llueva el mana del cielo para que les aporte a todos los recursos imprescindibles para la construcción de la buena sociedad, pautaada sobre la orientación del buen vivir?



## ¿Existen alternativas al “desarrollo” capitalista?

Ahora bien, dado que el desarrollo y el desarrollismo se convirtieron en malas palabras, ¿Qué es lo que proponen estos críticos? ¿Otro desarrollo? No, lo que quieren no es un “desarrollo alternativo”, algo mucho más amplio y a la vez más difuso: una *“alternativa al desarrollo”*, superadora de la racionalidad establecida por la modernidad con respecto al progreso, la explotación de la naturaleza y las relaciones entre los hombres.

Todo esto supone discutir cómo se producirá este tránsito a la nueva estrategia alternativa al desarrollo.

Sin embargo, la cuestión es: ¿Cómo avanzar en estas pacíficas transiciones en sociedades como las del capitalismo actual, dominadas

por completo por la rapacidad de la lógica de la ganancia y *“acorazadas”*, para usar la expresión gramsciana, por un aparataje coercitivo y mediático que se erige como un formidable obstáculo ante cualquier tentativa de cambio?

La única alternativa que aparece en el horizonte es una revolución anticapitalista. Pero tal cosa trasciende los límites del modelo teórico de los críticos del neoextractivismo. Al soslayar esta espinosa cuestión, sus argumentos quedan reducidos a una atractiva retórica pero desprovista de reales capacidades de transformación social.

¿Cómo harían los partidarios del “crecimiento cero” para acercar estos índices a los que exhiben países como Cuba, Suecia o Noruega,

por ejemplo sin promover el crecimiento de la economía? Esa misteriosa alternativa al desarrollo tendrá la capacidad de obrar el milagro de multiplicar las fuentes de energía eléctrica, las cañerías para transportar agua potable y eliminar los desechos cloacales, construir hospitales y aumentar el número de médicos y enfermos para asistir las necesidades de salud de la población sin que crezca la economía.

Pero una cosa es criticar ese patrón de crecimiento y otra bien distinta es cuestionar el crecimiento en sí. Lo que habría que hacer, es garantizar, mediante un estricto control público, que las actividades económicas respeten los derechos de la Madre Tierra y reduzcan a un mínimo los procesos que podrían afectar negativamente tanto a la naturaleza como a la sociedad.

Demás está decir que estamos de acuerdo con buscar una alternativa al desarrollo tal cual lo concibe el capitalismo. Es más: creemos firmemente en la necesidad de inventar —conviene

aquí recordar la máxima de Simón Rodríguez— una concepción teórico—práctica del desarrollo distinta a la que surge de la idea del “progreso”. Desde el marxismo, el tema crucial en la construcción de la buena sociedad no es ni el crecimiento ni el desarrollo, sino el proceso de emancipación humana, tal cual lo manifiesta el joven Marx desde sus primeros escritos y lo ratificara en las obras de su madurez.

Desde la historia, reflexionemos sobre algunas experiencias. Deng Xiao Ping, en momentos en que la sobrevivencia económica de la Revolución China era amenazada por hambrunas, protestas populares y el fracaso del modelo copiado de la experiencia soviética; el gobierno vietnamita, que luego de derrotar al ejército de los Estados Unidos e imponer el modelo económico ultracentralizado de la Unión Soviética tuvo que efectuar un radical viraje para evitar que los frutos de su colosal victoria fuesen birlados por el imperialismo como resultado de derrumbe económico; Fidel, que

## Reflexionemos

1. ¿Será viable salir del modelo capitalista de la noche a la mañana? ¿Cuál debería ser la hoja de ruta de mediano y largo plazo?
2. ¿Cómo conciliar la necesidad de responder a las renovadas demandas de la justicia distributiva —elevadas por poblaciones que han sufrido siglos de opresión y miseria— con la intangibilidad de la naturaleza?



asfixiado por más de tres décadas de criminal bloqueo norteamericano y el estrepitoso desplome de la Unión Soviética, tuvo que enfrentar el “periodo especial” de comienzos de los años noventa efectuando importantes concesiones para desarrollar la industria turística que Cuba no tenía, avanzar en la explotación de níquel, instituir el doble sistema monetario y admitir el ingreso de capitales extranjeros porque, de lo contrario, la sobrevivencia de la revolución estaba en peligro.

Lo mismo cabe decir de la experiencia de China y Vietnam, que algunos se desempeñan en desclasificar con la consigna facilista de que ambos países “retornaron al capitalismo”, pasando por alto el detalle –seguramente nimio para estos críticos–, de que a diferencia de los países capitalista, donde son los grandes capitales los que controlan a los Estados y manipulan a sus gobiernos, en los casos de China y Vietnam son estos los que controlan y someten a aquellos. En ambos, la corrección de un rumbo que desembocaba en una tremenda derrota permitió salvar algunas conquistas que pueden ser de suma trascendencia en la actual recomposición internacional de fuerzas sociales y políticas. Puede que la izquierda dogmática no se haya percatado de ello, pero los intelectuales, estrategas y gobernantes del imperio han tomado buena nota de este asunto y su aguzado instinto no se equivoca al calificar a la China y Vietnam como enemigos.

En síntesis: esas concesiones permitieron consolidar ciertos importantísimos avances y mantener las esperanzas de nuevos pasos hacia el

frente en un futuro no muy lejano, sobre todo teniendo en cuenta la crítica situación en que se debate el capitalismo a nivel mundial. Pero hubo también quienes no hicieron concesiones.

Las lecciones que pueden extraerse de estos ejemplos son muy variadas. Pretendemos aquí apenas resaltar dos: los peligros del fundamentalismo y del mesianismo y, los enormes riesgos que implica asumir posturas de “dogmática intransigencia” que hacen caso omiso de las enormes dificultades que conlleva la creación de un nuevo orden económico, político y social.

Sería una desgracia que una propuesta tan bella como la del Vivir Bien se viera frustrada no solo por la oposición del imperialismo y sus aliados, sino también por la ardiente impaciencia de quienes creen que el mundo puede crearse en siete días y se exceden en sus críticas a los gobiernos que procuran avanzar lentamente con vacilaciones por ese camino. Se estaría abriendo una preocupante brecha entre esos gobiernos y algunos movimientos sociales y fuerzas políticas que, en sus inicios, fueron sus entusiastas bases sociales de sustentación.

Pero mientras esta novísima forma de organizar la vida económica y social de los pueblos se instaure y consolide, la convivencia de un capitalismo extractivista en retirada con un nuevo orden económico poscapitalista o “socialismo biocéntrico” será inevitable. Este no surgirá por generación espontánea, sino que será producto de prolongadas luchas populares y una férrea determinación gubernamental.



## La experiencia de Bolivia en el proceso de cambio

**E**n Bolivia, en los últimos 12 años, hemos vivido un ascendente proceso revolucionario que, emergente desde la sociedad civil organizada como movimiento social, ha afectado y atravesado la propia estructura estatal, modificando la misma naturaleza de la sociedad civil.

Estamos hablando de un hecho de soberanía social que ha permitido la conversión de la mayoría demográfica indígena en mayoría política estatal; una modificación de la naturaleza social-clasista del mando y hegemonía estatal.

Este Estado desde el año 2006 se ha materializado no como una simple ocupación individual de representantes indígenas y populares en su interior, sino como una transformación

orgánica de la propia institucionalidad estatal mediante la presencia de estructuras organizativas del mundo indígena-popular en la trama decisional y deliberativa del Estado.

Brasil junto con tres empresas petroleras controlaba el 100% de la propiedad de los hidrocarburos y el 30% del PIB, en tanto que el Estado sólo controlaba el 16%. En cambio hoy, el Estado boliviano controla el 34% del PIB y el 100% de la propiedad de los hidrocarburos en toda la cadena productiva. Más de 10 millones de hectáreas en manos de latifundistas, políticos y extranjeros han sido recuperadas por el Estado y entregadas a pueblos indígenas y comunidades campesinas, poniendo fin a la cualidad latifundista del sistema agrario en tierras bajas.

El año 2011, el 1,2% del PIB fue transferido directamente a los sectores más vulnerables del país (niños, ancianos y mujeres embarazadas) a través de ese sistema de protección social. De invertir solamente 629 millones de dólares anuales el 2005, porque el excedente económico se iba al extranjero, ahora el Estado gobernado por los movimientos sociales invierte poco más de 5.000 millones de dólares, y con ello hemos derrotado el analfabetismo; la diáspora rural, la diferencia entre ricos y pobres se ha reducido exactamente la mitad, en tanto que la extrema pobreza ha caído del 38,2% (2005) al 24.3% (2011).

¿Cómo esperar que un país pequeño se defienda cotidianamente de la contrarrevolución, organice la unificación de una sociedad profundamente fragmentada y corporativizada, lleve

adelante la revolución política más importante de su historia, cambie la estructura de propiedad y distribución económica, y encima en 12 años —sí, sólo en 12 años— cambie de forma aislada un modo de producción que tardó más de 500 años en instaurarse y que hoy todavía sigue expandiéndose?

¿No es más sensato discutir qué tipo de tendencias se están impulsando en Bolivia para promover una transformación del modo de producción, en sintonía con los cambios que cada uno de nosotros estamos haciendo en otros países con el mismo objetivo? Volvemos sobre esta cuestión al final.

El desmontamiento de la blanquitud racial como capital, como componente material (o “riqueza”) de la estructura de clases y de do-



minación de clase (tan propio de todas las sociedades coloniales), ha quebrado no sólo un imaginario racializado secular del mando sobre los indígenas, sino que además ha desmoronado una Geopolítica de la Amazonía, una “riqueza” que le permitió a una pequeña casta empoderarse y legitimarse en los sistemas de mando político-cultural y de propiedad económica durante siglos.

Esta descolonización clasista de la sociedad, anclada en el *habitus* más profundo de todas las clases sociales, ha modificado radicalmente la estructura del poder político y también ha desplazado, sin ambigüedades, a las clases dominantes constitutivas del antiguo Estado. Esto dio lugar a la reacción desenfrenada de las antiguas élites dominantes, que por todos los medios: económicos (corralitos bancarios, 2006; sabotaje productivo, 2007-2009, boicot alimenticio, 2007-2008), políticos (sabotaje a la Asamblea Constituyente, 2006-2008; referéndums autonómicos, 2008; revocatorio presidencial, 2008) y armados (intento de golpe de Estado, 2008; separatismo, 2009), buscaron debilitar y derrotar al Gobierno del Presidente Evo.

Y en esta inevitable reacción a las medidas revolucionarias, es posible distinguir dos modalidades:

1) Aquella en la que las fuerzas desplazadas del poder económico y político actúa como cuerpo de clase organizado, con sus portavoces, consignas y formas organizativas propias.

Aquí, a los movimientos sociales les resulta mucho más fácil distinguir la diferencia popular/anti-popular y polarizar el antagonismo; por tanto, la clave para hacer frente a la contrarrevolución radical en la reafirmación de la unidad popular frente a sus enemigos de clase y la utilización de métodos democráticos y revolucionarios para lograr la victoria.

2) El tipo de medidas en las que las fuerzas reaccionarias actúan difusamente, de maneras indirectas y mediadas por sectores sociales populares o de clase media.

En cierta medida, esta es una estrategia de movilización y dominación colonial: la utilización de las contradicciones en el seno del bloque popular para enfrentar a dos bandos de las fuerzas populares en su interior, y sobre el desgaste y derrota de uno o de ambos, consagrar material y simbólicamente la dominación del “tercero dominante”.

La ruta trágica de la historia se desenvuelve de tal manera que la contrarrevolución puede venir de la mano de una facción de sus propios constructores que, sin necesariamente proponérselo, como consecuencia de la exacerbación de su particularismo corporativo, regional o sectorial, y al no tomar en cuenta el despliegue general de las correlaciones de fuerzas sociales totales a nivel nacional e internacional, acaban defendiendo los intereses de las fuerzas conservadoras de la derecha y terminan socavando su propio proceso revolucionario.



## El poder despótico patrimonial y la amazonía

Cuando uno observa la geografía de Bolivia, puede distinguir claramente cuatro regiones: el altiplano, que abarca los departamentos de La Paz, Oruro, Potosí; los valles, en Cochabamba, Tarija, Chuquisaca; el Chaco, al sur de Santa Cruz y al este de Tarija y Chuquisaca; y la inmensa Amazonía que abarca los departamentos de Pando, Beni, el norte de La Paz y Santa Cruz. Una tercera parte de Bolivia es amazónica, y es con mucho la región más aislada del país.

Ya sea a través de guerras o tratados injustos, en total Bolivia perdió casi 750.000 km<sup>2</sup> de su Amazonía, equivalente a más de tres veces el departamento del Beni (213.564 km<sup>2</sup>).

Sin embargo, la institución que sí asumió el trabajo de reclutamiento e intermitente dominación escurridiza sobre las naciones indígenas amazónicas fue la Iglesia Católica, a través de las “reducciones” de los jesuitas y luego recoletos y franciscanos.

Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1938, se dará una especie de “pulseta” política entre los hacendados, gomeros y autoridades gubernamentales por un lado, y los franciscanos por el otro, con el fin de que los segundos “presten” a los indígenas para la producción (de goma al norte, y para cosecha y siembra del agro en el sur) y para que trabajen en obras públicas. Finalmente, en 1939 se secularizarán las misiones, supuestamente por la muerte de un ingeniero, a manos de los Sirionó.

De esta manera, el Estado republicano se convertirá en latifundista y el latifundio privado se hará poder estatal regional, dando paso a la patrimonialización del poder del Estado en tierras bajas. En sentido estricto, el Estado abdicará de su “autonomía” clasista y devendrá en una prolongación del patrimonio familiar de empresarios y latifundistas. De esta manera, a través de la tenencia de ganado, la extracción de la goma, la quina, la castaña, la madera o la sola posesión

de tierras, latifundistas y empresarios han consolidado en los últimos 150 años una estructura de poder territorial señorial y patrimonial sobre todos los habitantes urbanos y rurales de la región.

En la Amazonía, hasta hace poco, el patrón o hacendado era dueño de todo lo que se movía alrededor de su vista, y mediante la violencia de grupos de choque hacendal ocupó tierras e impuso su ley sobre los peones, indígenas y campesinos pobres de los alrededores.

Hasta hoy, este poder hacendal–patrimonial y paternal de la Amazonía sigue siendo la forma de dominación regional más conservadora y reaccionaria que existe en todo el país. En cierta forma, en la figura del señor de la tierra se encierra la personificación de los poderes más despóticos existentes: no sólo es el dueño de la tierra, es también el contratante de trabajadores, el comprador de madera de bosque, el proveedor de bienes de mercado a las poblaciones alejadas, el influyente político que monopoliza familiarmente los cargos públicos y, por tanto, el proveedor de tierras fiscales y de favores públicos frente a una población desprovista de todo: tierras, propiedad, autoridad pública y Estado.

Toda la trama de poder colonial patrimonial converge en la figura del hacendado y su mando omnipresente y paternal. Y si bien la dispersa organización indígena mantiene su autonomía local a nivel de corregimientos, cabildos, centrales y subcentrales, no ha logrado convertirse en fuerza dirigente a nivel local o regional, y mucho menos disputar la autoridad y mando a la estructura hacendal–patrimonial.

Una modificación parcial de esta situación de dominación despótica hacendal, la han producido las ONG's, que han logrado crear una relación clientelar con la dirigencia indígena, promoviendo niveles de organización interregional, como las Regionales Indígenas o la propia CIDOB. Pero en la medida en que estos niveles de organización, con escaso contacto con las bases indígenas amazónicas, funcionan exclusivamente con financiamiento externo (de ONG's), que solventa los salarios de los dirigentes, en realidad se desenvuelven propiamente como ONG's que reproducen mecanismos de cooptación clientelar y subordinación ideológica y política hacia las agencias de financiamiento, la mayor parte de ellas europeas y norteamericanas, como es el caso de USAID.

Podríamos decir que el sistema neoliberal periférico se configuró entre un Estado reducido en sus capacidades y su poder de intervención económica y cultural (procesos de privatización y “achicamiento”), ONG's que lo reemplazaban en determinadas áreas (social, cultural, lucha contra la pobreza, pueblos indígenas, medio ambiente, etc.), y un sector económico privado extranjero, que se apropiaba de las riquezas públicas.

En síntesis, el poder tanto económico como político en la Amazonía, no está ni en manos de los pueblos indígenas ni en manos del Estado. El poder en la Amazonía está en manos, por una parte, de una élite hacendal–empresarial; y por otra, de empresas y gobiernos extranjeros que negocian el cuidado de los bosques amazónicos a cambio de la reducción de impuestos y el control de la biodiversidad para su biotecnología.



## Subsunción capitalista de la economía indígena amazónica

Los productores benianos están supeditados a los intermediarios que llevan el ganado a Santa Cruz, y además el precio de la carne faenada que regula el precio de mercado de la cadena productiva ganadera tanto hacia “abajo” (hasta el ganadero beniano) como hacia “arriba” (hasta el consumidor final), está en manos de un reducto empresarial de conocida trayectoria política de derecha. En Santa Cruz están los 3 mataderos más importantes de toda Bolivia: Fridosa, de propiedad de Beltrán de Lazo; Frigor, de propiedad de Monasterio; y el matadero Chiquitano. Estos mataderos regulan el precio de la carne a nivel nacional.

Esto les ha permitido escindir su comportamiento frente a los pueblos indígenas. Cuando se trata de temas de tenencia de la tierra o de la organización de la vida política local, el

despotismo hacendal es el que prevalece; los pueblos indígenas y campesinos son tratados como un accesorio más de su propiedad, imponiéndoles su criterio sin reparo o negociación alguna. Pero cuando se trata de negocios, ya sea la compra de madera, castaña, cuero de lagarto o ganado, es capaz de sobreponer a sus prejuicios racistas la lógica del mercado y establecer mecanismos de dominación mercantil, a través de los cuales siempre ha considerado a los indígenas como a sus vasallos o inferiores. Esta “amplitud” mercantil ha hecho que las relaciones de dominación sobre los indígenas se renacionalicen y sean subsumidas formalmente al desarrollo capitalista.

En cierta medida, el propio desarrollo del Beni sustentado en la ganadería, está limitado por la gigantesca transferencia de renta regional

hacia la élite que monopoliza el procesamiento de la carne y la fijación de sus precios de venta a nivel nacional. Se trata de una élite detentadora de la renta en su distribución (aunque no en su producción) y por tanto una clase terrateniente en sí.

De ahí que no sea extraño que los principales separatistas hayan sido los agroindustriales

Marinkovic, Monasterios, Matkovic, Costas, Nayar, etc., que aunque poseen grandes extensiones de tierra, su riqueza proviene ante todo de esta apropiación de la renta de la tierra, y no tanto de la posesión sobre la tierra —que en realidad es improductiva—, razón por la cual fueron objeto de reversión. Principalmente las unidades productivas con más de 5.000 hectareas.



## El desmontamiento del poder patronal empresarial

El punto de quiebre de este sistema de poder regional amazónico ultraconservador, construido en más de 100 años, se ha dado recién desde el año 2006. Al ser desplazadas las antiguas clases dominantes del control estatal nacional por los movimientos sociales indígena campesino populares, el sistema patrimonial sufrió una herida de muerte. Se rompió la alianza entre tenencia hacendal de la tierra/ economía extractivista empresarial y poder político, que era la base material del despotismo regional amazónico, creándose una suerte de “dualidad de poderes” regional: por una parte, las clases hacendales-empresariales, y por otra, la estructura gubernamental con poder de decisión sobre recursos económicos y tierras. Desde entonces, una creciente

pugna y lucha social se ha desatado en todas las tierras bajas. El Estado revolucionario detuvo la entrega de tierras a las clases hacendales, revirtió tierras a latifundistas y una buena parte las entregó en propiedad a las comunidades y naciones indígenas. En el periodo de 1996 hasta el 2005, se entregaron 5 millones de hectáreas a los pueblos indígenas de tierras bajas; pero entre el 2006 al 2011, la cantidad nueva ascendió a 7,6 millones de hectáreas y además se expropiaron 1,4 millones de hectáreas a los hacendados, trastocando radicalmente la estructura de propiedad de la región amazónica. Así, a diferencia de hace 20 años, cuando las empresas privadas medianas poseían 39 millones de hectáreas, ahora solamente poseen 4,1 millones de hectáreas. Sin embargo, esta

modificación estructural de las relaciones de propiedad sobre la tierra no ha sido suficiente para desmontar el poder despótico hacendal-empresarial, pues falta dismantelar los mecanismos de acopio y procesamiento empresarial que asfixian a la economía indígena.

De ahí que el gobierno revolucionario, a la par de la modificación de la estructura de tenencia de la tierra, que disocia la rutina de la hacienda de la acción del Estado, ha impulsado mecanismos estatales de gobierno regional que actúan autónomamente respecto del bloque dominante territorial, facilitando recursos a los municipios, créditos a los campesinos, fondos de inversión productiva a los pueblos indígenas,

empresas de acopio que regulen los precios anteriormente monopolizados por los patrones locales, entrega de medios de transporte fluvial para pueblos ribereños, construcción de caminos públicos (anteriormente de propiedad de hacendados), etc.

El Estado se ha autonomizado de las clases hacendales y eso ha iniciado un proceso de derrumbe del viejo orden patronal conservador de la Amazonía. Una intensa lucha de clases ha comenzado a desplegarse y de a poco se está reconfigurando el nuevo ordenamiento regional de poder. La presencia de un Estado desprendido de las clases propietarias de la tierra, materializado como derechos sociales y

## Reflexionemos

1. ¿Podrían países como Bolivia y Ecuador, con una larga historia de sometimiento y explotación, tener éxito en su proyecto de refundación civilizatoria en un corto periodo de años y en un ambiente tan desfavorable como el signado por la agresiva decadencia del poder imperial?
2. ¿Cómo esperar que un país pequeño se defiendan cotidianamente de la contrarrevolución, organice la unificación de una sociedad profundamente fragmentada y corporativizada, lleve adelante la revolución política más importante de su historia, cambie la estructura de propiedad y distribución económica, y encima en 12 años cambie de forma aislada un modo de producción que tardó más de 500 años en instaurarse y que hoy todavía sigue expandiéndose?
3. ¿Qué tipo de tendencias se están impulsando en Bolivia para promover una transformación del modo de producción, en sintonía con los cambios que se están haciendo en otros países con el mismo objetivo?

como función redistributiva de la expansiva riqueza común, ha dado un golpe de muerte a la estructura hacendal-patrimonial amazónica, desencadenando una intensa lucha de reconfiguración del poder territorial amazónico.

Pero en definitiva ¿quién tiene el poder en la amazonia?

1.- *Empresas extranjeras*, que han creado una novísima modalidad de plusvalor: el medioambiental, en torno a la apropiación extraterritorial de la biodiversidad amazónica, que les permite subir sus tasas de ganancia en sus países de origen sin tener que modificar el patrón técnico-productivo destructivo de la biodiversidad, lo que requeriría una inversión de millones y millones de dólares para una nueva base técnica planetaria.

2.- *Gobiernos de los países capitalistas más desarrollados*. En el caso de la Amazonía boliviana, no sólo tenemos los mayores reservorios de agua dulce de todo el país, sino también la mayor concentración de diversidad biológica, reservorios de petróleo y gran parte del llamado “escudo precámbrico” con grandes reservas de oro, níquel, hierro, uranio...

3.- *El bloque hacendal-empresarial transformador de la materia prima amazónica*. Se trata de una élite empresarial

vinculada simultáneamente a la propiedad de la tierra, a los antiguos partidos políticos de derecha patrimonialistas, a la compra y procesamiento de ganado vacuno y a la actividad de procesamiento de materias primas amazónicas (madera, castaña, goma, cuero de lagarto, etc.).

4.- *El conjunto de Organizaciones No Gubernamentales (ONG's) amazónicas*, algunas de las cuales han creado en las últimas dos décadas una trama clientelar de dirigentes indígenas a través de los cuales emiten el discurso ambientalista empresarial en las distintas comunidades.

De alguna manera, ciertamente la carretera Villa Tunari-San Ignacio de Moxos crea un nuevo eje geopolítico estatal que irá de norte a sur, articulando la dilatada geografía y sociedad amazónica. El adversario capitalista de esta nacionalización de la Amazonía es muy grande y pone en juego sus enormes intereses materiales privados.

El actual papel del Gobierno de los movimientos sociales en la Amazonía, Chiquitanía y Chaco, donde anteriormente existían modos de dominación patrimonial asentados en la propiedad de la tierra, es justamente ése: ayudar a desbrozar el camino para que las fuerzas populares e indígenas locales desplieguen sus capacidades emancipatorias frente a los poderes regionales prevalectes.



**#FueraTrump  
DeAmericaLatina**

## Para finalizar: las falacias colonialistas

La indianidad como identidad será un grito de emancipación que revolucionará el panorama ideológico-político boliviano desde los años 70. La identidad indígena será el repertorio discursivo que reorganizará el sentido de la revolución boliviana, pues al fin y al cabo se está hablando de la interpelación política-cultural, es decir, histórica, de la inmensa mayoría del pueblo; no sólo de los trabajadores del campo, sino también de los obreros, comerciantes, transportistas, estudiantes y profesionales, subalternizados por su condición laboral y por su piel, por su apellido, idioma y su lugar de vida. En la reinención emancipativa de la indianidad katarista indianista se iniciará un largo proceso de construcción de un bloque histórico y un discurso de movilización social general que modificará el contenido de

la revolución en Bolivia: como una revolución anti-colonial, anti-neoliberal y democrática con un horizonte socialista-comunitarista.

La construcción de esta identidad emancipativa con voluntad de poder ha requerido dos momentos ético-políticos decisivos. El primero, la construcción de la identidad nacional indígena como mayoría demográfica nacional con visibilidad política. Ahí el aporte del tupak-katarismo de los Ayllus Rojos de los 90's fue decisivo, porque comenzó a interpelar políticamente al sujeto indígena de manera interclasista, es decir como nación en cuyo interior cohabitan varias clases sociales urbanas y rurales: campesinos, transportistas, intelectuales, profesionales, propietarios, artesanos, etc.

El segundo momento ético–político decisivo para la toma del poder por el movimiento indígena–popular, será la candidatura de Evo Morales en el instante histórico preciso y con la convocatoria adecuada para el momento, que permitirá convertir la mayoría demográfica socialmente visible, en mayoría política estatalmente dirigente. La identidad indígena que ha descolonizado y llevado al poder al sujeto popular en Bolivia, es pues una identidad urbano-rural y transclasista, con un núcleo articulador indígena. Ahí radica la certeza material de su mayoría y su hegemonía.

Sin embargo, no es por definición que el capitalismo destruye la naturaleza, como piensa el ambientalismo de derecha. Lo que sí hace el capitalismo por definición es generar ganancia en pocas manos privadas, “valorizar el valor” decía Marx. Y si para cumplir ese objetivo hay que matar seres vivos, triturar sociedades, aniquilar y destruir la naturaleza que esté a su paso, sin duda el capitalismo lo hará. Más si para generar capital (ganancia) en pocas ma-

nos, se necesitaría preservar la naturaleza o precautelarse la vida de los obreros, el capitalismo también lo haría a fin de seguir acumulando plusvalía. Es muy importante precisar la lógica fundante de este sistema: la ganancia (el valor que se autovaloriza incesantemente); porque si bien cada vez más sus fuerzas productivas están deviniendo en fuerzas destructivas de la vida y del planeta, la misma vorágine irresistible a la ganancia lo puede llevar a “preservar” la naturaleza, si es que eso le garantiza la tasa de ganancia necesaria.

Estas políticas pseudo-ambientalistas no son contradictorias con el capitalismo; al contrario, le son inherentes, pues ese ambientalismo para pobres le es redituable y le da ganancias, y por lo tanto le es útil y lo fomenta. Si destruir el medioambiente en el norte y proteger algún bosque en el sur —pero asumiéndolo como propio, como parte de sus activos empresariales— generara ganancias este pseudo-ambientalismo formaría parte de la maquinaria capitalista.

## Bibliografía

- Boron, Atilio. *América Latina en la geopolítica del Imperialismo*. Ed. Luxemburgo. Buenos Aires. Argentina. 2013.
- García Linera, Álvaro. *Geopolítica de la amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia. 2012.